

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Pablo Escalante Gonzalbo

“Fulgor y muerte del buscador de tesoros. Del estudio del México antiguo como empresa del descubrimiento a la normalización académica de un saber especializado”

p. 211-223

*Cincuenta años de investigación histórica en México*

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## FULGOR Y MUERTE DEL BUSCADOR DE TESOROS DEL ESTUDIO DEL MÉXICO ANTIGUO COMO EMPRESA DE DESCUBRIMIENTO A LA NORMALIZACIÓN ACADÉMICA DE UN SABER ESPECIALIZADO

PABLO ESCALANTE GONZALBO  
Instituto de Investigaciones Estéticas  
Universidad Nacional Autónoma de México

En un pequeño panfleto, que si mal no recuerdo llevaba por título “Bailar es hacer el amor con música”, D. H. Lawrence decía que no somos otra cosa sino los sueños de nuestros abuelos; daba a entender que cada generación compartía y eventualmente desarrollaba los anhelos, no de sus padres, sino de sus abuelos. Este pensamiento tiene alguna relación con los borrones que yo he puesto en estas páginas, pues lo que hay en ellas, en cierta forma, es una evocación nostálgica de la generación de historiadores y arqueólogos que vendrían a ser los abuelos de mi generación.

Durante algunas décadas, la investigación histórica y arqueológica sobre el México antiguo fue protagonizada por un pequeño grupo de destacados intelectuales. Tales estudiosos dieron forma a una parte considerable de las concepciones que actualmente tenemos sobre nuestra historia más remota y fueron los creadores de las modernas escuelas y corrientes historiográficas y arqueológicas. El precursor de este grupo fue Alfonso Caso, cuyo trabajo ya alcanzaba notoriedad en los años treinta; a él se unirían Miguel Covarrubias, Paul Kirchhoff, Wigberto Jiménez Moreno, Alfonso Villa Rojas, Pedro Armillas, Ignacio Bernal, Ángel Palerm, Alberto Ruz, Román Piña Chan y algunos otros. Entre los años cuarenta y los sesenta, este conjunto de investigadores dio forma a las indagaciones sobre el México prehispánico y en particular del área que, a partir del planteamiento de Kirchhoff (1943), se denominaría Mesoamérica.

En aquel entonces los estudiosos eran pocos, la colaboración entre ellos era indispensable y sus relaciones recíprocas eran bastante estrechas. La forma en que se citan los unos a los otros en sus textos suele evocar conversaciones e intercambios informales realizados en el trabajo cotidiano. Cuando Alfonso Caso presentó la importantísima cuestión del Mapa de Tezacoalco

(Piedra Roseta para el estudio de los códices mixtecos), se refirió a la primera noticia que tuvo sobre el documento de la siguiente manera: “El señor Jiménez Moreno [...] me informó que en la colección figuraba la copia de un mapa de Teozacoalco que parecía importante.”<sup>1</sup> Y fue el mismo Alfonso Caso quien recomendó a Ruz, cuando éste salía para la temporada de campo en la que habría de descubrir la tumba de Pacal: “descubra usted, debajo de algún templo maya de Palenque, otro olmeca”,<sup>2</sup> aludiendo a la preocupación que los dos tenían por el vínculo entre ambas culturas. Al elaborar su magnífica “Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica”, una de las obras mayores de la historiografía sobre el México prehispánico, Jiménez Moreno habló continuamente con sus colegas, y así lo refleja el texto: “en consulta con el doctor Caso —dice Jiménez—, hemos fijado una línea en la tabla 1”,<sup>3</sup> o bien, “como nos hace notar el doctor Bernal— pueden tenerse como mesoamericanas”.<sup>4</sup> Este tipo de expresiones, que se ven con frecuencia en las obras de casi todos ellos, hacen pensar en una suerte de trabajo de equipo y en ocasiones en una tarea realizada entre amigos. No faltan —lo sé— anécdotas sobre pleitos y fricciones; se dice, por ejemplo, que Caso tenía un carácter del demonio, que Armillas se fue a trabajar a Estados Unidos para alejarse de Caso, etcétera. El conjunto de la producción de la época, sin embargo, se debía en buena medida a la colaboración y el intercambio de ideas entre aquellos pocos que compartían los mismos afanes e intereses.

Me he referido al grupo con el nombre de “buscadores de tesoros” y quiero aclarar que se trata más de un recurso literario que de un juicio sobre el valor científico de su trabajo. Todos ellos hicieron aportaciones al análisis riguroso y metódico del México prehispánico; pero también es cierto que todos o casi todos ellos se enfrentaban al pasado con una actitud sustancialmente distinta de la que tenemos los historiadores de los mismos temas en los años noventa. A desentrañar esa actitud voy a dedicar varias de estas páginas, pero quiero adelantar que una de las diferencias fundamentales entre aquella generación y las posteriores estriba en el hecho de que ellos miraban el pasado como algo profundamente enigmático, misterioso, y concebían su propia tarea como una empresa cuyo objetivo principal era descubrir, arrojar luz sobre amplias áreas oscuras y desconocidas del pasado. Nosotros, por el contrario, asumimos que existe un conjunto de hechos, básicamente conocido, que constituye la historia prehispánica y consideramos que nuestro trabajo consiste en detallar el conocimiento de esos hechos, en perfeccionarlo mediante el análisis de algunos problemas específicos.

Aunque moderna y científica, no deja de haber en aquella generación resabios de la jerga del anticuario y de la actitud del buscador de tesoros:

<sup>1</sup> Caso, *Reyes y reinos...*, p. 22. Las referencias aparecen completas en la bibliografía (p. 221).

<sup>2</sup> Ruz, *El templo...*, p. 32.

<sup>3</sup> Jiménez Moreno, “Síntesis...”, p. 1051.

<sup>4</sup> *Ibid.*

“pasamos varios días en Tilantongo —relata Caso— para inspeccionar las *antigüedades* de esa zona”.<sup>5</sup> “No existe mejor terreno para el hallazgo de ejemplares arqueológicos —explica Covarrubias— que las ladrilleras de los alrededores de la ciudad de México [...] Ir a Tlatilco con el bolsillo bien provisto de dinero, y regresar con un rompecabezas arqueológico o con una obra maestra artística es ya un hábito semanal.”<sup>6</sup>

El método de excavación seguido por Piña Chan estaba más cerca del proceder intuitivo de un buscador de tesoros que del planteamiento científico de un arqueólogo. Cuentan, quienes trabajaron en el campo con él, que Piña caminaba silencioso de un lado a otro peinándose insistentemente los bigotes hacia abajo. De pronto suspendía su cavilación, se detenía y ordenaba: “excave aquí un cuadrado de dos por dos”. Al parecer el método era infalible para localizar entierros del Formativo.<sup>7</sup>

Pero lo más importante, decía yo, es la actitud de estar frente a lo desconocido, frente a un enigma. Al intentar explicar la Mesoamérica olmeca, Bernal se siente obligado a trazar “el mapa de islas apenas descubiertas”, a rodear “mares aún desconocidos”. “Las exploraciones apenas son islas —repite— [...] que se levantan de un mar ignoto [...] ni a islas llegan —remata— ya que sólo son unas cuantas rocas que surgen, mal iluminadas, del fondo de un pasado perdido”.<sup>8</sup> El mismo Bernal se refiere a Teotihuacan como “un enigma permanente”,<sup>9</sup> y al escribir sobre Tenochtitlan comenta: “sólo recientemente ha comenzado la arqueología a sondear el misterio [...] algunas ruinas [...] surgen del olvido”.<sup>10</sup>

Valiéndose también de la metáfora de la oscuridad y la luz, dice Caso: “El crepúsculo de las viejas deidades se había convertido definitivamente en la noche y sólo ahora hemos podido empezar a penetrar un poco en sus hazañas y sus misterios”.<sup>11</sup> Para Covarrubias, el fin de la cultura de Zacatenco es un misterio,<sup>12</sup> como misteriosa es la cultura olmeca.<sup>13</sup> Vale la pena decir que pocos han profundizado en la cultura olmeca como Covarrubias; Bernal lo llamó “el último olmeca” y le dedicó su espléndido trabajo sobre aquella cultura. Sin embargo, para Covarrubias aquello seguía siendo “misterioso”.

Y basta recordar los títulos de algunos ensayos, como “El enigma de los olmecas”, de Jiménez Moreno,<sup>14</sup> o “El enigma de Xochicalco”, de César Sáenz.<sup>15</sup>

<sup>5</sup> Caso, *Exploraciones en Oaxaca...*, p. 54.

<sup>6</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 19-20.

<sup>7</sup> Beatriz Braniff, comunicación personal. La costumbre de Piña Chan de acariciarse los bigotes y su buena puntería para escoger el punto de excavación son *vox populi* en el medio.

<sup>8</sup> Bernal, *El mundo...*, p. 1.

<sup>9</sup> Bernal, *Teotihuacan*, p. 5.

<sup>10</sup> Bernal, *Tenochtitlan en una...*, p. 15.

<sup>11</sup> Caso, *Reyes y reinos...*, p. 159.

<sup>12</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 41.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>14</sup> Jiménez Moreno, “El enigma de los olmecas”.

<sup>15</sup> Sáenz, “El enigma de Xochicalco”.

Si su objeto de estudio era enigmático, ya se observa que ellos se presentan, naturalmente, como descubridores de la solución a los enigmas. Caso era particularmente aficionado a presentarse como descubridor —y no niego que tuviera razón. Así, por ejemplo, cuando propone su método para interpretar los códices mixtecos, utiliza títulos como “Historia del descubrimiento” y “Cómo llegué a leer los códices”.<sup>16</sup>

Con frecuencia, y especialmente en la circunstancia de los hallazgos de tumbas y ofrendas, los investigadores conceden un papel importante al relato anecdótico del descubrimiento mismo, a las dificultades técnicas y al desenlace emotivo. Caso relata con detalle el ingreso a la tumba 107,<sup>17</sup> y Ruz nos ofrece, por supuesto, el relato más apasionante de la arqueología mexicana. No me cabe duda, cuando leo su reporte de la temporada 1952, de que tenía en mente los relatos de Schlieman: “el domingo 15 de junio, hacia el mediodía, se franqueó la entrada a la cámara [...] decidí investigar si el bloque [...] contenía alguna cavidad [...] la noche del mismo día se realizó la maniobra [...] cuando hubo espacio suficiente, me deslicé entre el bloque y la gran lápida [...] proyecté una luz [...] y] pude ver que el contenido era un entierro”.<sup>18</sup>

Una característica importante de las obras de aquella generación, con algunas excepciones como la de Ángel Palerm, es que en sus páginas suele aparecer el hombre; vemos al autor detrás de las líneas, y observamos, con frecuencia, el empeño personal, la pasión del individuo frente al tema. Caso y Ruz nos hablan de sus faenas y vicisitudes; Covarrubias nos confiesa que ha caído “bajo el hechizo de la arqueología olmeca”<sup>19</sup> y manifiesta su ansiedad por no encontrar las raíces de las culturas preclásicas.<sup>20</sup> A Jiménez Moreno lo vemos continuamente preocupado, incluso angustiado, como si al tomar entre sus brazos la historia de Mesoamérica, como lo hizo genialmente, forcejeara con una bestia. Tímido y piadoso, como dicen que era, lo vemos absorto en sus preocupaciones por la historia que trataba de elucidar. “Me resisto a creer —dice, por ejemplo— que todo ese sistema de glifos [...] apareciese de súbito.”<sup>21</sup> Y yo puedo verlo, en su despacho de Chapultepec, resistiéndose a creer.

Aquella generación quería explicar la historia de Mesoamérica y ésa era una empresa formidable. Cómo no iba a serlo... Pensemos, por ejemplo, que cuando Covarrubias escribe sobre Teotihuacan, en 1957, todavía no está claro el carácter urbano del sitio. Es sólo a principios de los sesenta, con la tempora-

<sup>16</sup> Caso, *Reyes y reinos...*, p. 19-27.

<sup>17</sup> Caso, *Las exploraciones de Monte Albán*.

<sup>18</sup> Ruz, *El templo...*, p. 52 y 56.

<sup>19</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 59.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>21</sup> Jiménez Moreno, “Síntesis...”, p. 1031.

da dirigida por Bernal y posteriormente con los primeros resultados del proyecto de Millon, cuando se deja definitivamente atrás la idea del centro ceremonial. Y cuando Jiménez escribe su gran síntesis, en 1959, todavía es materia de disputa si la cultura olmeca se adentra en el periodo clásico o no.

Esos investigadores eran conscientes de sus limitaciones, pero en todos ellos aflora el propósito de ofrecer visiones de conjunto, síntesis generales, explicaciones del proceso global. Bernal lo dice de manera explícita y expone esa necesidad generacional con mucha claridad. Me parece de gran valor una reflexión que hace don Ignacio, lector y admirador de Toynbee, al hablar de Teotihuacan: “hay que recordar —dice Bernal— que nuestro interés no consiste en conocer el dato local de un edificio o siquiera de un grupo de ellos, sino en entender la cultura teotihuacana en su conjunto y su evolución en el tiempo. Esto no quiere decir que no estemos interesados en los detalles de cada edificio sino que ellos podrán reunirse poco a poco después”.<sup>22</sup>

Cuando Bernal escribe su historia de la época olmeca, hace una reflexión semejante: su propósito, dice, es “colocar en forma más o menos ordenada los distintos pueblos que vivieron en esta área durante los largos siglos anteriores a la conquista”.<sup>23</sup> Quiere “encontrar y rastrear [...] los elementos culturales básicos y comunes que pasan de una época a otra”.<sup>24</sup>

La actitud descrita por Bernal implicaba, naturalmente, dejar algunos cabos sueltos. Todos ellos brindan datos e ideas prendidos con alfileres, y a nadie engañan, pues suelen advertir sobre el carácter provisional de sus afirmaciones. “Más tarde, en un segundo tomo —advierde otra vez Bernal—, discutiré ampliamente las bases que permiten clasificar a Mesoamérica como una civilización. Por lo pronto aceptemos que lo es.”<sup>25</sup>

Entre las tareas que todos ellos tuvieron que realizar, se encontraba desde luego la de periodizar, ajustar cronologías, definir etapas. Son especialmente citados los trabajos de Caso, “Historia cultural del Nuevo Mundo...” (“New World Culture History: Middle America”); de Armillas, “Secuencia del desarrollo cultural de Mesoamérica” (“A Sequence of Cultural Development in Mesoamerica”) y “Cronología y periodificación de la historia de América precolombina”; de Bernal, *Mesoamérica: periodo indígena*, y de Jiménez Moreno, “Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica”.

También consideraban que su tarea era identificar a los grupos étnicos y lingüísticos que estaban detrás de las manifestaciones materiales que la arqueología rescataba. A Covarrubias le obsesionaba saber quiénes habían sido los creadores de la cultura olmeca<sup>26</sup> y Jiménez Moreno trataba de precisar la

<sup>22</sup> Bernal, *Teotihuacan*, p. 8.

<sup>23</sup> Bernal, *El mundo...*, p. 5.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. XI.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>26</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 83.

identidad de teotihuacanos y cholultecas tardíos con hipótesis como la de los pipiles y la de los olmecas xicalancas.<sup>27</sup> Caso quería entender qué era mixteco y qué era zapoteco en la tumba 7 de Monte Albán.<sup>28</sup>

Ya hemos dicho que dejaban cabos sueltos. Vale la pena decir, también, que las conjeturas que utilizaban como apoyos para tender puentes, las intuiciones con las cuales llenaban los huecos, han probado, con frecuencia, ser atinadas; varias han venido a demostrarse con trabajos posteriores. Covarrubias afirmó el carácter militarista de la sociedad maya que hoy pregonan los estudios más recientes.<sup>29</sup> Caso comprendió que el desarrollo de la cultura zapoteca empezaba en el valle de Oaxaca, ascendía al promontorio de Monte Albán en el Clásico y descendía nuevamente al valle tras el declinar de Monte Albán, y lo entendió antes de que se realizaran los exhaustivos trabajos de superficie que hoy confirman ese proceso.<sup>30</sup> Bernal advirtió que el fenómeno de civilización de la época olmeca trascendía con mucho el ámbito de la costa del golfo, a pesar de que no había aún estudios sistemáticos de los sitios de Guerrero y de emplazamientos como Chalcatzingo.<sup>31</sup> Aquí vale la pena decir etcétera.

Bernal, Caso, Jiménez, Covarrubias, Piña Chan... escribieron para nosotros la historia de Mesoamérica. El piso sobre el cual andamos cuando decimos que conocemos la historia prehispánica es el relato que ellos escribieron, sumando datos y conjeturas.

La gran sabiduría de aquellos hombres y su visión imponente de tan extensos periodos y regiones se deben en parte a una cualidad que hoy casi se ha perdido. La mayoría de ellos se valían de herramientas y conocimientos procedentes de diferentes disciplinas con gran maestría: todo les concierne y todo lo abarcan; se auxilian de la lingüística, la arqueología y la etnografía, así como de la historia más convencional elaborada con base en documentos.

De hecho, varios de ellos se veían a sí mismos como historiadores, y me atrevo a afirmarlo sin ninguna duda respecto de Caso, Bernal y, por supuesto, Jiménez Moreno. Entendían que su empresa era escribir la historia, y que sus instrumentos se hallaban en diferentes disciplinas. Leamos otra vez a Bernal, tan preciso para expresar la perspectiva intelectual de su generación: “Mi interés fundamental es la historia de una civilización, no su arqueología. Si me he basado en la arqueología es no tanto por deformación profesional, sino por-

<sup>27</sup> Jiménez Moreno, “Síntesis...”, *passim*.

<sup>28</sup> Caso, “Reading the Riddle...”, *passim*.

<sup>29</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 287.

<sup>30</sup> Varios estudios de Caso reflejan esta visión. *Cfr.*, por ejemplo, *Culturas mixteca y zapoteca*, p. 14. Los resultados del trabajo de superficie que confirma su propuesta pueden verse en forma muy extensa en *The Cloud People...*, editado por Flannery y Marcus.

<sup>31</sup> Bernal, *El mundo...*, *passim*. Hay que reparar en que la estructura misma del libro está diseñada para defender ese punto de vista; se establece claramente la existencia de lo olmeca metropolitano o costero y una Mesoamérica que es olmeca.

que, salvo para los últimos siglos, es casi la única guía que tenemos [...] también he utilizado lo que informan las otras ciencias antropológicas.<sup>32</sup>

He dicho que aquellos investigadores se concebían enfrentados a grandes enigmas que debían resolver, y que en ellos había lo que podríamos definir como un afán apasionado de exploración. Quisiera agregar algo más sobre sus motivaciones. Todos ellos apreciaban, en mayor o menor medida, un vínculo entre su trabajo y el destino del país. Suponían que su tarea era relevante para definir una identidad y para trazar los perfiles de una cultura. Por su parte, el país seguía sus trabajos con atención; esperaba esas claves, esos secretos que explicarían nuestro pasado.

Me conmueve imaginar a Lázaro Cárdenas entrar a gatas en la tumba 104 de Monte Albán, tomar entre las manos una vasija y anotar en el diario de campo de Alfonso Caso algunos datos sobre el hallazgo, como en efecto ocurrió.<sup>33</sup> Después de su visita, Cárdenas dispuso que se asignaran todos los recursos que fueran necesarios para el proyecto.

También me conmueve, y hasta me gusta, imaginar a Dolores del Río probándose los anillos de Pacal.<sup>34</sup> Dolores del Río era mucho, pero mucho más guapa que Sofía Schlieman, famosa por haberse probado las joyas de Helena a petición de su esposo. Los mexicanos supimos que el noble Pacal tenía delicadas falanges, porque sus anillos le sentaban bien a una mujer de físico delicado.

Sobre la expectativa nacional que parecen haber suscitado trabajos arqueológicos como los de Caso, vale la pena recordar el dato de que el libro en el cual se relataba el hallazgo del tesoro de la tumba 7 se registra agotado en los viejos catálogos del IPGH y es, aún hoy día, difícilísimo de encontrar.

Además del afán de conocimiento, del interés puramente científico, aquellos investigadores suponían que su tarea era de interés para la cultura nacional y, algo más, buscaban entender la relación existente entre los restos arqueológicos y los mexicanos de hoy. Jiménez Moreno, no falto de cierta ingenuidad, trataba de entender el carácter de los jarochos analizando la cerámica de la cultura de Remojadas.<sup>35</sup> Y tanto Bernal como Caso comparaban las instituciones del México antiguo con las prácticas de los indígenas contemporáneos, para concluir, casi siempre, que el proceso colonial había despojado a los indios de las claves para construir una civilización propia.<sup>36</sup>

El último asunto sobre el cual quiero llamar la atención es, quizá, uno de los aspectos más relevantes de la perspectiva historiográfica del grupo de in-

<sup>32</sup> Bernal, *El mundo...*, p. 3-4.

<sup>33</sup> Caso, *Exploraciones en Oaxaca...*, p. 82.

<sup>34</sup> Ruz, *El templo...*, p. 218.

<sup>35</sup> Jiménez Moreno, "Síntesis...", p. 1070.

<sup>36</sup> Bernal, *El mundo...*, p. 7; Caso, *Reyes y reinos...*, p. 158.

vestigadores del que vengo hablando: me refiero a la relación que ellos concebían entre la historia de México y la del resto del mundo.

Dicho brevemente, todos estaban preocupados por afirmar que la civilización mesoamericana era universal. Las esculturas olmecas “se pueden contar, sin duda alguna, entre las obras maestras del arte universal”,<sup>37</sup> declara Covarrubias. No debemos comparar a los mesoamericanos con pueblos primitivos; “será mucho más útil —dice Bernal— comparar los éxitos y las derrotas de Mesoamérica con los éxitos y las derrotas de las otras civilizaciones y juzgar así ‘inter pares’ de los alcances de la civilización mesoamericana”.<sup>38</sup>

Para Jiménez Moreno, la arquitectura teotihuacana es “comparable por su geometría irreprochable con algunas de las grandes creaciones europeas de la época gótica”.<sup>39</sup> Según Caso, satisfecho de su hallazgo en la tumba 7, “Se puede decir sin hipérbole que los egipcios, los caldeos, los griegos, los etruscos y los romanos no llegaron a elaborar tan perfectos objetos de oro como los orfebres mixtecas, y tendríamos que llegar al Renacimiento, para encontrar artistas que pudieran comparárseles.”<sup>40</sup> Y los huesos labrados, encontrados en la misma tumba, “no desmerecen ante los mejores trabajos en marfil de los indios o los chinos”.<sup>41</sup>

Nuestro interés —dice Ruz— es [...] precisar dentro de los límites del marco de nuestro tema funerario, cómo lo maya se integra en lo universal, no a título de copia tardía y lejana, sino como creación paralela del genio humano.

Dentro de su marco tecnológico rudimentario, la civilización maya logró en ciertos aspectos ponerse al mismo nivel que las más altas civilizaciones antiguas del Mediterráneo y Mesopotamia.<sup>42</sup>

Detrás de todas estas observaciones está la idea de que existe una escala universal para medir los méritos y alcances de las culturas y la convicción de que Mesoamérica sale bien librada si se le aplica la misma medida que a las civilizaciones del Viejo Mundo.

Asumido que la cultura mesoamericana es comparable con las del Mediterráneo y Medio Oriente, no parece descabellado establecer símiles para explicar los procesos de la historia mesoamericana. Covarrubias parangona las ciudades mesoamericanas con la Meca, el poder del periodo Clásico con el del Egipto faraónico y el grupo dominante del mismo periodo con una aristocracia feudal.<sup>43</sup> Jiménez Moreno explica la función histórica de Teoti-

<sup>37</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 55.

<sup>38</sup> Bernal, *El mundo...*, p. 6.

<sup>39</sup> Jiménez Moreno, “Síntesis...”, p. 1055.

<sup>40</sup> Caso, *Culturas mixteca y zapoteca*, p. 58.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>42</sup> Ruz, *El templo...*, p. 246.

<sup>43</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 131.

huacan estableciendo comparaciones con Roma, la Meca, Egipto, Mesopotamia y Tíbet.<sup>44</sup> Los teotihuacanos se dispersaron tras la caída de su metrópoli “como los judíos a la caída de Jerusalén”.<sup>45</sup>

Uno de los ejemplos más interesantes de cómo se traslada un modelo de explicación de la historia europea para abordar un proceso mesoamericano nos lo ofrece la interpretación que solía plantearse a propósito de las migraciones chichimecas. Covarrubias habla del “arribo de oleadas de tribus bárbaras y amantes de la guerra”. “Los toscos y vigorosos recién llegados pronto dominaron a los restos civilizados”.<sup>46</sup> Precizando aún más la comparación, Jiménez Moreno equipara a los otomíes con los germanos y a los teotihuacanos con los romanos.<sup>47</sup> Bernal también se adhiere al modelo: “Con la caída de Tula, otra gran oleada de pueblos nómadas se dirige como un torbellino hacia el sur, invade las tierras de los pueblos sedentarios y arrasa todo a su paso. Son los cazadores bárbaros que se enfrentan de nuevo a los agricultores civilizados.”<sup>48</sup>

Es curioso el apego que la generación sucesora mostró por este mito de las invasiones bárbaras. Todavía hay quienes explican así la caída del Clásico y se resisten a aceptar dos hechos que ya son bastante claros a estas alturas: a) que las bandas de cazadores recolectores que vivían al norte de Mesoamérica no pueden caracterizarse como hordas bárbaras y b) que los chichimecas que entraron a la meseta central en el Posclásico eran agricultores sedentarios.

Me faltaría espacio para revisar con calma la transformación de las actitudes y los estilos de los historiadores y arqueólogos que han realizado su obra desde los años sesenta hasta el presente, así que voy a limitarme a hacer algunas observaciones generales.

Pienso en dos procesos que parecen haber tenido un fuerte impacto en las maneras de escribir la historia, en particular la prehispánica, en las últimas tres décadas: la descomposición de la ideología nacionalista de origen posrevolucionario y el triunfo de lo que podríamos llamar el enfoque científico.

El ánimo antiimperialista y tercermundista del régimen de Echeverría desplazó varios de los temas centrales de la tradición nacionalista; la afirmación de lo nacional se quedaba con frecuencia en gestos triviales o anécdotas graciosas, como llevar equipales a Los Pinos u obsequiar arte plumario a los embajadores extranjeros. López Portillo revivió figuras y argumentos tanto hispanistas como indigenistas, pero desconectados ya de un proyecto amplio y público y puestos al servicio, más bien, del delirio y los afanes de trascen-

<sup>44</sup> Jiménez Moreno, “Síntesis...”, p. 1065.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 1068.

<sup>46</sup> Covarrubias, *Arte indígena...*, p. 292.

<sup>47</sup> Jiménez Moreno, “Síntesis...”, p. 1066.

<sup>48</sup> Bernal, *Tenochtitlan en una...*, p. 99.

dencia del primer mandatario. Desde entonces hasta el día de hoy, el nacionalismo no ha dejado de perder terreno como ideología oficial del Estado. Varias de las actitudes que observamos en los prehispanistas de la generación cuarenta-sesenta eran fruto de un contexto cultural que hoy se ha transformado profundamente.

Por otra parte, en los años setenta triunfó la idea de que la arqueología debía constituirse en un saber científico y distanciarse de las humanidades. Así se inició un alejamiento entre la arqueología y la historia que empobreció dramáticamente a ambas. Y aquí permítanme ustedes que comente una anécdota:

Hace unos meses, un arqueólogo de cierta zona, que no voy a nombrar, me enseñó ciertas pinturas murales prehispánicas que había descubierto en las tareas de salvamento practicadas bajo los cimientos de un edificio colonial. Después de enseñarme sus datos en bruto me sugirió que colaboráramos en un artículo, porque él tenía los datos y yo la interpretación. “Ustedes —dijo, refiriéndose a los historiadores— tienen la interpretación.”

No sé si este ejemplo ilustre algo, pero también quiero decir que la declaración de científicidad de la arqueología vino acompañada de unas publicaciones sumamente técnicas, que todos conocemos y hemos sufrido, en donde están, en efecto, los datos sin la interpretación: los famosos dibujos de tepalcates y gráficas, prácticamente ilegibles para el ojo humano normal.

Creo que los dos procesos que cito, el dismantelamiento de la ideología nacionalista y el triunfo del paradigma pretendidamente científico, tienen mucho que ver con la transformación de la historiografía prehispanista a que me he referido antes.

En la actualidad predominan un tipo de investigación y una práctica historiográfica sustancialmente distintos de los que correspondían a los fundadores. El saber se ha tornado altamente especializado y el discurso que difunde ese saber se encuentra ceñido por formas bastante rígidas. Es cierto que se han conseguido avances importantes en términos de obtención de nuevos datos y solución de problemas específicos, pero es posible que, en el camino, se hayan sacrificado ingredientes importantes del pensamiento histórico.

El impulso de la especialización ha propiciado el aislamiento de los investigadores en los estrechos límites de su región e, incluso, de su ciudad o de su sitio arqueológico. Son muy pocos los que salen de su pequeño ámbito para plantearse problemas generales de periodización o de definición de áreas culturales, y mucho más raros los que aceptan la antigua tarea de reflexionar en los términos más amplios de la historia de una civilización. Nuestros abuelos pensaron Mesoamérica por nosotros, nosotros matizamos su antigua idea.

La rigidez del discurso académico, por otra parte, nos hace desconfiar de los planteamientos apoyados en intuiciones y nos lleva a rechazar las explicaciones que utilizan en su andamiaje afirmaciones provisionales o no demostradas. No deja de ser paradójico: nuestra explicación del México prehispánico

descansa todavía, en buena medida, en las versiones elaboradas por aquellos antepasados, pero nuestros criterios de validación del saber reprobaban buena parte de los procedimientos que los llevaron a ellos a construir las explicaciones que nosotros utilizamos y damos por buenas. Nuestras reglas académicas también desdennan elementos tales como el estilo literario y la manifestación de los afanes, preocupaciones y pasiones personales de los autores y de sus circunstancias. Sin embargo, en la manifestación de esos afanes y preocupaciones se esbozaban muchos caminos y respuestas, y detrás de la preocupación por el estilo se encontraba el empeño de transmitir un pensamiento histórico, una idea de la historia.

### *Addenda. Un comentario para la discusión*

En el último punto de mi esquema de redacción había anotado la frase “El conocimiento sin límites”. Quisiera terminar explicando esa frase:

En el trabajo de Ruz sobre el Templo de las Inscripciones, se incluye un capítulo que trata pormenorizadamente de la epigrafía. Sumando sus propias observaciones y las de Enrique Berlín, Ruz ofrece algunas explicaciones sobre los textos mayas de Palenque.<sup>49</sup>

En su pequeño trabajo de síntesis sobre las culturas mixteca y zapoteca, Caso anuncia: “El INAH se propone excavar y consolidar los edificios que rodean la gran plaza y explorar suficientes tumbas para descifrar la escritura y el calendario zapotecas.”<sup>50</sup>

Parecía que no había un límite para el conocimiento de la historia de Mesoamérica. Nuestros abuelos planeaban descifrar la escritura zapoteca y ya empezaban a hacerlo con la maya. Perdónenme por terminar con esta nota pesimista: el día de hoy, el estudio del pasado prehispánico en México se encuentra, entre otros, con esos límites: no hay un solo investigador en el país capaz de escribir un libro sobre cualquiera de los dos temas.

### BIBLIOGRAFÍA

ARMILLAS, Pedro, “A Sequence of Cultural Development in Mesoamerica”, en Wendell Bennett (ed.), *A Reappraisal of Peruvian Archaeology, Memoirs of the Society for American Archaeology*, n. 4, 1948, p. 105-111.

<sup>49</sup> Ruz, *El templo...*, p. 11-125.

<sup>50</sup> Caso, *Culturas mixteca y zapoteca*, p. 39.

- \_\_\_\_\_, “Cronología y periodificación de la historia de América precolombiana” (1956), suplemento de la revista *Tlatoani*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1957.
- BERNAL, Ignacio, *Mesoamérica: periodo indígena. Programa de historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953.
- \_\_\_\_\_, *Teotihuacan*, México, INAH, 1963.
- \_\_\_\_\_, *El mundo olmeca*, México, Porrúa, 1968.
- \_\_\_\_\_, *Tenochtitlan en una isla*, 2a. ed., México, SEP, Diana, 1979.
- CASO, Alfonso, *Las exploraciones de Monte Albán*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1932.
- \_\_\_\_\_, “Reading the Riddle of Ancient Jewels” (1932), en John A. Graham (ed.), *Ancient Mesoamerica Selected Readings*, Palo Alto, California, Peek Publications, 1981.
- \_\_\_\_\_, *Exploraciones en Oaxaca. Quinta y sexta temporadas, 1936-1937*, Tacubaya, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1938.
- \_\_\_\_\_, *Culturas mixteca y zapoteca*, México, El Nacional, 1941.
- \_\_\_\_\_, “New World Culture History: Middle America”, en A. L. Kroeber, *Anthropology Today: An Encyclopedic Inventory*, Chicago, The University of Chicago Press, 1953.
- \_\_\_\_\_, *Los calendarios prehispánicos*, México, UNAM, 1967.
- \_\_\_\_\_, *Reyes y reinos de la Mixteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- COVARRUBIAS, Miguel, *Arte indígena de México y Centroamérica* (1957), México, UNAM, 1961 (primera edición en español).
- DIEHL, Richard A. y Janet Catherine Berlo (ed.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan, A. D. 700-900*, Washington D. C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1989.
- FLANNERY, Kent V. y Joyce MARCUS, *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, New York, Academic Press, 1983.
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, “Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica”, en Carmen Cook de Leonard (ed.), *Esplendor del México antiguo*, 2 v., México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959, v. 2, p. 1019-1108.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Tarascos y mexicas*, México, SEP-Fondo de Cultura Económica, 1981.
- \_\_\_\_\_, “La historia de Teotihuacan”, en Alfredo López Austin et al., *Teotihuacan*, México, Madrid, El Equilibrista, Turner Libros, [1989].

- MARTÍNEZ MARÍN, Carlos, “La cultura de los mexicas durante la migración. Nuevas ideas”, en *Cuadernos Americanos*, año 22, v. 129, n. 4, 1963, p. 175-183.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo y Florencia MÜLLER, “La cultura teotihuacana”, en Eduardo Matos *et al.*, *Los pueblos y señoríos teocráticos. El periodo de las ciudades urbanas. Primera parte*, México, SEP-INAH, 1975.
- RUZ LHUILLIER, Alberto, *El Templo de las Inscripciones, Palenque*, México, INAH, 1973.
- SÁENZ, César, “El enigma de Xochicalco”, en Miguel León-Portilla e Ignacio Bernal (ed.), *Historia de México*, v. 2, *Nueve siglos de esplendor prehispánico*, México, Salvat, 1974, p. 159-184.

